

Nicaragua: el mal sin etiqueta

Por Francisco Javier Aliaga Suárez

Un veneno sin rotulación es doblemente peligroso. Sobretudo si se rodea de incautos y hasta de ansiosos por beberlo. Éste es el caso de las dictaduras “de buen nombre” como la nicaragüense. Ahora, ¿qué decir entonces si además el veneno salpica sus ácidos corrosivos ya sin ningún pudor y hasta con prepotencia?

A 30 años del levantamiento contra Somoza, quien conoce el drama nacional sólo puede indignarse contra la cooperación risueña de las clases culturales, políticas y económicas del mundo libre. Y en particular la de aquellas que, por su capacidad intelectual y formación humanista, deberían reaccionar en favor del pueblo centroamericano. Al menos por interés propio y en previsión de la peligrosa infestación de la zona.

Pero el estudio de la historia nicaragüense y la información filtrada al exterior sobre las atrocidades cometidas bajo el yugo rojo de nada sirven a quien no quiere ver. Ni siquiera el triste final de los cooperadores de régimen comunista.

Los sucesivos intentos de deponer el régimen somocista enseñaron a Ortega la necesidad de capturar el apoyo popular a su intentona golpista. Y obtuvo una de las más efectivas cooperaciones de inteligencia militar y guerra psicológica desplegadas por la órbita soviética en la historia de la Guerra Fría.

Expertos de las siniestras policías secretas de corte soviético viajaron y entrenaron a las tropas primero, y luego al gobierno de Ortega para someter a la población a través del miedo, el terror y la represión.

A la par, desplegaron sus conocimientos prácticos para así manipular a los organismos de referencia social y utilizarles como medios de propaganda interna y en el exterior como defensores de su macabra tiranía.

La legitimidad cívica que adquirió la izquierda gracias al asesinato de Chamorro en marzo de 1979 permitió unificar su Frente de Liberación y con ello adquirir la cohesión popular que justificó la salida violenta al régimen de Somoza - con un saldo de al menos veinte mil vidas - y una guerra civil que mutiló otras treinta mil existencias y desplomó a la miseria la economía nacional a una de las más pobres del continente.

El repaso riguroso de los crímenes de la dictadura nicaragüense ocupará todo un volumen de nuestra obra "El Terror Rojo." En consecuencia, no nos detendremos aquí en este punto.

Sin embargo, la actualidad del problema nicaragüense no es la mutación del aparataje militar - a través de la Ley 181 de 1994 - ni el nuevo escenario sin la dirección soviética. Ni mucho menos el legado económico que suele legar un régimen comunista, que títulos más o menos, se sostiene vivo. Ni la inquietante influencia de musulmana radical - de corte iraní - en la zona, ahora patente con la construcción de la mezquita para 300 fieles.

Lo que inquieta es el multimillonario - y nada desinteresado - financiamiento del régimen de Ortega. Irán con su compromiso de invertir US\$1.000 millones y la no menos generosa oferta en dólares aportados por Chávez para un país de apenas 4.7 millones de habitantes. Cifras que, de repartirse racionalmente, convertirían a la famélica Nicaragua en un oasis de la zona.

Pero Ortega no olvida sus lecciones. Comunista tradicional pero a la americana, precisa levantar permanentemente enemigos - reales o imaginarios - para justificar su régimen continuador del genocidio rojo.

No es tonto. No bastó con masacrar cualquier vestigio de libertad o de pensamiento independiente. Hoy hace de una débil oposición lo que por años condenó desde el otro lado de la acera. Hoy en día tanto la Justicia como las instancias electorales son simples brazos de un gobierno que, como pulpo, asfixió el ejercicio de la democracia y se apoderó del poder. El alto costo del pago de rescate del ex presidente Arnoldo Alemán devino en una dictadura de hecho.

Hoy el régimen ya no cuenta con el respaldo popular que con el que justificó el baño de sangre que le instaló en el poder. Es más: el tibio proceso democrático dejó tan explícito el horror rojo que su querido FSLN perdió toda legitimidad. Por eso su estrategia - memorizada de los instructivos soviéticos - le permite poco a poco conquistar el poder real, que es el único que cuenta a sus efectos.

Sin títulos y sin los clichés¹ propios de los esquemas clásicos de la propaganda roja (militares golpistas, intervención norteamericana, oposición de la Iglesia, empresarios opositores, prensa pro-capitalista, etc.) Ortega logra lo que su dictadura pase los obsoletos y complacientes filtros de seguridad occidentales. Filtros, por demás, interesados y siempre parciales.

En tanto el mundo libre no reaccione a los hechos en vez de a las palabras, los Ortegas del mundo entero - que de hecho mantienen a miles de millones de personas sometidos bajo sus tiranías rojas - continuarán manipulándolos por el terror, la violencia, la censura y la pobreza.

Y esos mismos Ortegas tomarán las cámaras de la prensa y se levantarán insolentes y bravucones, o pulcramente vestidos y perfumados como hombres de negocios, para continuar sus planes ante la mirada hipnotizada de los países libres. Una mirada que se tranquiliza al sonido de palabras tales como "negocios", "trasparencia" y "cultura local".

¹ Es el caso de los regímenes totalitarios comunistas que tras los cambios estratégicos a partir de 1989 mudaron sus autodenominaciones re-etiquetándose con títulos tolerables por el nuevo clima internacional, adoptando maquillajes no conflictivos y, por sobre todo, incriminando al pasado como único responsable de los males presentes.